

Reseña

Branko Milanovic. Capitalism, alone. The future of the system that rules the world. Cambridge (Mass.) y Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 2019, 286 pp. ISBN: 9780674987593.

Milanovic es un autor bien conocido entre los historiadores económicos. En los últimos años ha publicado varios libros (*The Haves and the Have-nots*, *Global inequality*) que abordan la desigualdad desde una perspectiva innovadora. En *Capitalism, alone* el autor recoge las conclusiones de trabajos anteriores para dar una nueva interpretación de la época más reciente. Su punto de partida es que el capitalismo se ha convertido de forma incontestable en el único sistema reconocible a escala global. Este enunciado puede parecer trivial para muchos historiadores económicos, que posiblemente creen que el capitalismo ya era el modelo hegemónico en el siglo XIX. Sin embargo, para Milanovic el hecho diferencial de las últimas dos décadas es que se ha producido el colapso final del modelo comunista al calor de la transformación de la economía china y, además, en ningún país quedan vestigios de pequeños productores que permanezcan ajenos al mercado. Tampoco quedan fuerzas políticas relevantes que propugnen salir de este marco. El trabajo asalariado, la propiedad privada del capital y las fuerzas de mercado se han convertido en características comunes de todos los países con independencia de su historia o su grado de desarrollo.

Sin embargo, al contrario de las visiones tan optimistas que surgieron en los años noventa, Milanovic no cree que el triunfo del capitalismo conduzca a un único modelo, sino más bien a dos. En los países que formaron el núcleo de la OCDE se está convergiendo hacia un sistema liberal y meritocrático que dejaría atrás las viejas diferencias entre Europa continental y los países anglosajones. El autor hace un uso magistral de los datos y elabora una síntesis elegante y sin demasiados tecnicismos. Con ello demuestra que se está produciendo un aumento de las desigualdades como resultado del declive de las rentas del trabajo, la concentración de la riqueza y la homogeneidad de las élites.

En cambio, en China, el Sureste Asiático y África se está conformando un modelo alternativo que posiblemente termine influyendo en un tercer grupo de países que no están específicamente analizados (Rusia, Turquía, Oriente Medio, etc.). En ellos, la desigualdad está creciendo por las mismas razones que en el primer grupo de países, pero se diferencian por su organización política. Mientras que el capitalismo meritocrático mantiene los cimientos de un sistema liberal (si bien a merced de la presión de los más ricos), en estos otros países se está conformando un sistema de *capitalismo político*. Este término resulta un poco impreciso (¿acaso el otro capitalismo no es político?), pero como concepto sí está bien perfilado. Estos países se diferencian por mantener tendencias más autoritarias (frecuentemente en torno a un partido único), un Estado que preserva su independencia frente a las élites económicas, una burocracia eficiente y una estrategia de modernización

acelerada. Este modelo asume a cambio una mayor inseguridad jurídica, lo que termina generando corrupción endémica.

Al tratar sobre los nuevos equilibrios políticos y económicos en el mundo, en apariencia parecería que esta es la obra de Milanovic que menos desarrolla una perspectiva histórica. Sin embargo, este enunciado se ve matizado si se lee con detalle el capítulo dedicado a los orígenes del capitalismo político. En este caso, Milanovic apela a enfocar de forma distinta el lugar del comunismo en la historia, alejándose del paradigma dominante en la actualidad que sólo entiende las revoluciones en Rusia y China como accidentes dentro de una larga trayectoria de progresiva aceptación de la democracia y el libre mercado. Milanovic, por el contrario, cree que el comunismo ha jugado un papel fundamental en situar a los actuales países del capitalismo político en condiciones ventajosas. De no haber sido gracias al impulso de las revoluciones comunistas, estos países se hubieran mantenidos en las condiciones de pobreza y subdesarrollo propias del dominio colonial.

Sin duda, este enunciado es provocativo y esperamos que el autor lo desarrolle en un futuro contando con mayor evidencia empírica. A priori, parece una idea sugerente y que busca salir de los relatos del siglo XX deudores de una perspectiva muy eurocéntrica. Sin embargo, la hipótesis del autor parece simplificar en exceso la historia. Impone una lógica retrospectiva de los acontecimientos y no la que en su momento dictaban las condiciones y protagonistas de cada época. Así, por ejemplo, el significado histórico de la revolución china se relaciona con un resultado de un momento muy posterior (la creación de una economía capitalista ligada a un Estado fuerte en las décadas de 1990 y del 2000), a pesar de que este no era el objetivo inicial. Además, esta interpretación pasa por alto que el balance de la experiencia comunista en el Tercer Mundo no fue tan positivo en el periodo de 1950 a 1980. A modo de ejemplo, el crecimiento del PIB per cápita de China o Vietnam (por no mencionar a Cuba) desde la llegada del comunismo no parece que ofreciera mejores resultados que en otros países en una situación similar de partida. Milanovic tiene razón en que las economías planificadas funcionaron mejor en estos países que en otros más avanzados (por ejemplo, Checoslovaquia o Alemania Oriental), pero no proporciona un argumento muy sólido. La comparación pertinente sería relacionar los países que pasaron por la experiencia comunista frente a aquellos que se independizaron de sus imperios coloniales, pero optaron por un modelo capitalista. De desarrollar esta comparación, posiblemente el cambio histórico determinante haya sido la descolonización de los años cincuenta y sesenta, aunque sus frutos tardaron más tiempo en hacerse realidad.

Miguel Artola Blanco
Universidad Carlos III de Madrid